



NOCHE CERRADA en un país de la memoria | Susana Soca

## Susana Soca y los osos de peluche

Al pensar en Soca, al volver una vez más a esta mujer y su situación, siento que uso la palabra *autor* en términos de Pirandello. Siento de algún modo que estamos frente a un personaje, pero todavía estamos en busca de un autor. En otras palabras, se trata de informar –acaso de informarme– si Susana Soca es atrayente exclusivamente por su revista, por sus mecenazgos varios, o si también hay que trasladar esos valores a su producción poética. Si esa búsqueda halla por fin un autor, una autora.

Hace ya casi veinte años, en mi primer artículo sobre Susana Soca en la *Iberoamericana* de Pittsburgh, decía “no me gusta”. Me estaba defendiendo, acaso de modo algo inconsciente, por la enorme soledad que me producía abordar una figura que no estaba en el canon, que no estaba en verdad en ningún lado y sobre la cual había un silencio cuasi punitivo (hablo del escaso puñado de académicos que sabían de su existencia). Y que las escasas menciones a las que se podía hacer acreedora –muy escasas entonces– eran o bien marcadamente peyorativas o bien anécdotas en el más vulgar sentido del término.

Pasadas las décadas me sigue sorprendiendo no ya que Susana Soca no integrara entonces el *establishment* nacional, sino que hubieran prescrito casi por completo hasta las famosas pequeñas historias o historietas que se tejen en torno a ciertas figuras.

Cada persona a la que le nombraba a Soca en aquellos tiempos parecía intentar defenderse justificando el conocimiento por tal o cual circunstancia, en general extraliteraria. A lo sumo hallaba como respuesta una anécdota que la dejaba invariablemente como una burguesa distraída y dispendiosa que editaba una revista y deambulaba por ciudades sin fines conocidos.

Las primeras referencias que tuve, en mi propia adolescencia, no eran demasiado distintas en cuanto al carácter anecdótico, aunque acaso eran algo más piadosas en relación con su vida. Pero en determinado momento un hecho específico me dio datos digamos relativamente tangibles. En esos años –comienzos de los setenta– había comprado su casa de la calle Divina Comedia un arquitecto de apellido Balbi que tenía frecuente trato con mis padres. Las menciones a Susana Soca venían ahora de un ángulo ya menos intimista y aparecían en algunos muebles que habían quedado en la residencia, o en el carácter supuestamente excéntrico de algunos detalles de la vivienda. Fue para mí la comprobación fáctica de que Susana Soca había existido.

Una vez en París, allá por 1978, me crucé en una librería de viejo con ejemplares franceses de *La licorne*. Mi mayor interés en aquel entonces era el surrealismo, y no encontré en aquella rápida mirada puntos de relación (más allá del común lugar natalicio con algún poeta que me atraía, algo que en aquellos años no tenía valor espe-



cial para mí). Lejos estaba aún de considerar escribir un ensayo sobre Lautréamont, pero ya me despertaba una afectividad intuitiva.

Si la memoria no me falla, recuerdo que me impresionó encontrar a Pablo Neruda entre los colaboradores, algo que no agradó demasiado a ese sujeto que era yo apenas pasados los veinte años. En esos tiempos alguien me había alertado sobre la *crueledad* (tal fue el término) con la que el chileno se expresó sobre André Gide, un escritor que empezaba a descubrir y sigo de algún modo intentando descubrir. Y si bien Neruda representaba para mí algo simpático (sus años en Atlántida, su amistad con Allende, el haber sido víctima de la horrible dictadura, etcétera), se ve que los argumentos en favor de Gide habían sido ya muy convincentes.

El descubrimiento del número de *Sur* en el que Guillermo de Torre enseña que Susana Soca había sido la encargada de llevar al doctor Zhivago de Moscú a Italia me resultó relevante y me hizo imaginar a Soca como una Mata Hari (curiosamente años después supe que Jules Supervielle fue quien halló pistas para detener a la espía holandesa). Pero ese número de *Sur* lo descubrí bastante después, en una feria del libro bonaerense, en fecha indeterminada.

Todos estos datos y otros habrían quedado como diálogos de café con algún amigo desprejuiciado de no haber surgido la posibilidad de escribir sobre Soca para la *Iberoamericana*. Ello me obligó a interiorizarme en su amistad con figuras que me parecían *serias* del Uruguay, como Onetti, Rama, Reyles, Supervielle y Real de Azúa. En especial que este último diera tanta relevancia a sus escritos teóricos. Y sorprenderme con los personajes que frecuentó (y hasta apoyó en distintos órdenes), desde Roger Caillois a Paul Éluard, desde Cioran a Henri Michaux, por dar algunos nombres.

Consideré que valía la pena un tímido artículo. Pero la receptividad que generó el personaje me llevó a indagar más y a realizar publicaciones sobre la autora y su mundo en el suplemento "Culturas" de *El Observador*. También fui enhebrando su personalidad a la de su padre, el controvertido médico Francisco Soca (tema que merece sin duda nuevos abordajes).

En el año 2000 se realizó en Leipzig, Alemania, un coloquio sobre Adolfo Bioy Casares y tuve la oportunidad de referir a Susana Soca y su vínculo con ese escritor argentino y con Jorge Luis Borges. Para ese entonces ya se había publicado el libro que contiene la correspondencia entre Victoria Ocampo y Roger Caillois y pude así incluir los comentarios sobre Soca. También en artículos periodísticos en *El Observador* enhebré datos concernientes a la vida de esta mujer. Así el galerista Jorge Castillo me describió en una entrevista la obra pictórica a la que tuvo acceso en 1968 luego de la muerte de Luisa Blanco Acevedo, madre de Soca (hasta la fecha los datos que tenía iban del Picasso que le pintó el español a Susana hasta algún Modigliani sin ninguna especificación). También pude reconstruir parcialmente la amistad entre Soca y el artista abstracto francés de origen ruso Nicolas de Staël y la muestra en "Amigos del arte" promovida de algún modo por Susana en 1948. Fue una de las primeras exposiciones del artista fuera de Francia y cumplió una función fermental entre los plásticos uruguayos de su tiempo. Hans Platschek escribió acerca del *desconcierto* que esas pinturas y dibujos producían en aquel público montevideano.

Un año después, ya en el 2001, prologué el libro de Juan Álvarez Márquez *Susana Soca, esa desconocida*. A partir de ese año participé en diversos coloquios sobre Susana Soca: en la Universidad de Montevideo, en la Biblioteca Nacional, en las jornadas del Palacio Taranco organizadas por el Ministerio de Educación y Cultura por iniciativa de

Carlos Etchegoyhen, en la Sociedad Argentina de Escritores, etcétera. También tuve la fortuna de coincidir con Helena Corbellini en el CERP de Colonia, y el hecho de que ambos nos interesáramos por la autora sirvió para que el mundo de *La licorne* tuviera resonancia en algunos de nuestros alumnos compartidos.

En todos estos años he hecho esfuerzos por introducirme en la poesía de Susana Soca, pero sigo sin sentir un particular involucramiento. Siento que si esos textos hubieran sido producidos por otra persona que no despertara mi interés, jamás los habría leído. Y en ese sentido me siento en falta, ya que estoy refiriendo a alguien por sus acciones vitales y soslayando su obra en sentido específico. Por más que una persona es un todo y también en las pistas de carácter biográfico se puede rastrear interés de carácter artístico.

Pienso que la obra poética de Susana Soca necesitaba todavía madurar, y no en vano ella misma la tenía de algún modo secuestrada. Presumo que Soca integra también una tradición nacional en la poesía femenina en la cual la voz, más que de una mujer, es la de una niña. Sin alcanzar la potencia de Delmira Agustini, de algunos textos de Concepción Silva Belinson o de Marosa di Giorgio (con quien varias veces hablé de Soca y siempre se mostraba muy atraída), se percibe en Susana Soca la promesa de una escritora, más que la escritora y la escritura consolidadas.

Una vez, hace ya dos décadas largas, una conocida de Susana, ya fallecida, me dijo que en la casa del centro había una habitación con fabulosas muñecas. Según esta fuente, era un ámbito que Susana disfrutaba incluso de adulta. Se ha señalado que los famosos *osos de peluche* son materia de disputa de distintas naciones. Por ejemplo, Teddy Roosevelt, el hijo del presidente Roosevelt, tenía un oso en la propia White House. La muerte del animal produjo tal tristeza en el joven, que el padre, para mitigarla, le encargó uno de juguete: el hoy popular *teddy bear*. También se habla del famoso oso de mohair alemán. Pero la versión que parece más sensata tiene que ver con el zar Nicolás II, que hacia 1892 le regaló un oso de peluche al presidente francés de la época, Émile Loubet. Ese sería el origen del oso inserto en la fantasía de los niños occidentales.

No deja de ser atendible, acaso anecdótico al respecto, que Susana Soca conociera bien esas culturas, hablara esos idiomas y hubiera visitado las principales ciudades de los países en cuestión. Como bien dice Sarlo, cada vez que pronunciamos la palabra *cultura* debemos pensar en diversas acepciones; en tal sentido, al asociar a nuestra escritora con esas sociedades desde planos infantiles estamos acaso abriendo posibilidades, dando sugerencias. Por ello prefiero pensarla desde ese lugar intimista, inventándola de adulta distrayéndose con sus osos políglotas. Tal vez allí esté la génesis de esa poesía con indudables aciertos pero sin la trascendencia que otras compatriotas supieron asignarle en la larga tradición nacional. No sé, sigo sin poder determinar si Soca es realmente un autor atendible, siquiera un autor, o si merece ser recordada por sus múltiples acciones colaterales al arte. Son tantos los elementos que Soca aporta solo en esta última de las posibilidades, que muchos de los que ahora se interesan por esta mujer tendrán para divertirse.

Fernando Loustaunau